

KONTAKIZUN IRABAZLE

ETA FINALISTAK

II. Kontakizun lehiaketa

Bakardadea

RELATOS GANADORES

Y FINALISTAS

II. Concurso de relatos

Sobre la soledad



II. KONTAKIZUN LEHIAKETA

Bakardadea

II. CONCURSO DE RELATOS

Sobre la soledad

INFORMAZIO

Argitalpen honetan NAGUSILAN elkarteak bakardadeari buruzko “II. Kontakizun Lehiaketan” aurkezturiko idazlan irabazle eta finalistak topatuko dituzu. Helburua adinekoen bakardadeari buruz sentsibilizatzea, idazketa eta irakurketa sustatzea eta nahi ez den bakardadearen inguruan herritarrek kontzientziaztea da.

.....

INFORMACIÓN

Esta publicación contiene los relatos ganadores y finalistas del “II Concurso de Relatos sobre la soledad” convocada por la Asociación NAGUSILAN, con el objetivo de sensibilizar sobre la soledad de las personas mayores, promover la escritura y la lectura y sensibilizar a la ciudadanía sobre el tema de la soledad no deseada.

PRESIDENTEAREN AGURRA

Nagusilan Elkartearen izenean eskerrak ematen dizkiegu lehiaketan parte hartu duzuen guztiei eta baita epaimahaiko kideei ere: Iñaki Villagrán (Presidentea), Elisabet Arrieta, Lurdes Lope eta Jokin Carames.

Nagusilanen eta elkarte osatzen dugun boluntario guztien helburua nahi ez den bakardadeari aurre egitea da, eta kontakizun hauek horren isla dira. Gozatu irakurketarekin.

.....

SALUDO DEL PRESIDENTE

En nombre de la Asociación Nagusilan agradecemos a todas las personas que habéis participado en el concurso, así como a las y los miembros del jurado: Iñaki Villagrán (Presidente), Elisabet Arrieta, Lurdes Lope y Jokin Carames.

El objetivo de Nagusilan y de todas las personas voluntarias que la conformamos es combatir la soledad no deseada y estos relatos son un reflejo de ello. Deseamos que disfrutéis con su lectura.

Joserra Ecenarro Arriola
Nagusilanekeo Presidentea
Presidente de Nagusilan

AURKIBIDEA / ÍNDICE

KONTAKIZUN IRABAZLEAK / RELATOS GANADORES

La espera de Adrián

Egilea / Autor: Jesús Montero9

Sin título

Egilea / Autora: Yolanda Burgoa 15

Soledad limitada

Egilea / Autora: Lourdes Rodríguez 19

KONTAKIZUN FINALISTAK / RELATOS FINALISTAS

Soledad con compañía

Egilea / Autor: Efrén Flores 25

La ventana

Egilea / Autora: Emiliana González 27

Nada cambia

Egilea / Autor: Enrique García 33

A veinte metros

Egilea / Autor: Alan Joseph Kennedy 43

El espejo

Egilea / Autor: Pedro María Olaechea 45

La mecedora que sostuvo el amor de mi abuela

Egilea / Autora: Gemma Monreal 51

En una ciudad cualquiera

Egilea / Autora: Silvia Romarate zabala 53

La espera de Adrián

Jesús Montero

Saria / Premio:

EAE-n erroldaturiko pertsona nagusiak

Personas mayores empadronadas en la CAPV

Modalitatea / Modalidad: **castellano**

Adrián llevaba horas deambulando por la casa. Como siempre, había madrugado mucho, demasiado, no soportaba permanecer en la cama solo. La disciplina de largos años de vida laboral, con diarios madrugones, había acostumbrado a su cuerpo de tal manera que ya no era necesario el timbrado del despertador. La jubilación no había conseguido modificar este hábito, así que le quedaban muchas horas del día.

Ya en pie, cumplió rigurosamente su ritual: ducha tranquila y minuciosa, afeitado concienzudo, repaso de uñas y cepillado de dientes. Después, recogió la cama, ventiló la habitación y seleccionó con sumo detalle la ropa. Su mente comenzaba a preparar el gran momento. El instante en que la volvería a ver. Rechazó una primera camisa quizá demasiado oscura, a ella le gustaban colores más alegres e informales. Separó un par de pantalones y camisas, ya decidiría más tarde. Finalmente salió a la calle dejando el piso en perfecto orden.

Inició su camino sin dejar de pensar en ella y le llegó el palpito de instantes felices tan lejanos ya que llegaban a su mente teñidos de cierta irrealidad. El tiempo había ido

deformando esas imágenes, las había hecho más borrosas, como las fotografías añejas que envejecen en los álbumes familiares. Sus ojos, sus preciosos ojos estaban presentes, no obstante, con total nitidez en su memoria. Recordaba también con nostalgia aquellos lejanos meses en los que creyó que estando juntos todo era posible, que la felicidad eterna estaba en sus manos. Y hoy, después de tanto tiempo, ahí estaba él como siempre, igual que ayer, esperando que fuera el gran día en que pudiera encontrarse de nuevo con ella.

También hoy necesitaba detener esa cascada de recuerdos en los que se estaba ahogando. Con cierto alivio recordó que debía recoger un extracto bancario y tramitar una transferencia. Sí, el Banco, al menos ya tenía una obligación que le situara en la realidad. Tener objetivos era necesario, y no era fácil tenerlos para quienes como él ya no eran imprescindibles. La rutina le tranquilizaba, así que desayunó en la cafetería de costumbre. Un cuarto de hora, lo habitual. Después, lectura de prensa en la biblioteca. Otra media hora. Junto con los trámites bancarios y los desplazamientos, siempre caminando, transcurrió casi toda la mañana. Buscaba ocupaciones y pequeñas tareas que le ayudaran a sortear el temido vacío; un vacío lleno de sensaciones contradictorias de esperanza y pánico que no conseguía controlar.

Una vez acabadas las tareas de la mañana, Adrián decidió comer en casa, debería pasar por el supermercado. Una ensalada y un filete estarían bien. Cocinó sin prisas. La actividad le distanciaba de sus problemas y le ayudaba a no caer en tortuosos pensamientos, pero cuando comenzó a aliñar la ensalada, no pudo evitar el recuerdo del modo en

que lo hacía ella, o el del punto de asado en qué prefería la carne. Colocó los platos, los vasos y los cubiertos como ella solía hacer, hasta que fue consciente de que estaba preparando dos servicios... Sin embargo, estaba solo. Pero ¿y si hoy era el día?

Las horas iban transcurriendo. Un poco de televisión después de comer, la habitual cabezada... Aún quedaba tiempo. Por fin, a las seis comenzó a prepararse. Miró por la ventana: el tiempo estaba cambiando, quizá acabara por llover, lo tendría en cuenta. Combinó mentalmente la ropa, ¿chaqueta y pantalón? ¿traje? A ella le gustaba verle siempre bien vestido. Tras algunas dudas, finalmente eligió un conjunto con aire deportivo que le proporcionaría un aspecto más juvenil. Adrián se contempló en el espejo ensayando la sonrisa con que la recibiría, y quedó medianamente satisfecho con su imagen. Ella lo aprobaría, había elegido bien. Sobre las siete salió de casa; tenía que llegar pronto, la película comenzaba a las ocho pero no quería problemas en la taquilla. Ella no soportaba los agobios y Adrián quería estar allí para cuando llegara. La última vez que se encontraron supo que frecuentaba este cine, ¡hacía ya tanto tiempo!; cierto que luego la había visto alguna vez, pero nunca sola.

Adrián decidió tomar el metro. Llegó con cierta antelación, no le importaba, lo prefería a sufrir urgencias y nervios. Aún tuvo tiempo de entrar en la cafetería del cine y repasar su imagen ante el espejo del lavabo. Se ajustó el cuello de la camisa y el jersey, pasó una mano por su cabello en un intento nervioso de peinarse y, algo inseguro, regresó al vestíbulo. Ella tenía que llegar enseguida.

Dudó en ponerse ya a la cola que se estaba formando, quizá ella se retrasaría aún. Esperaría un poco. Y así, mientras miraba alternativamente los carteles, la cola, el reloj, la esquina... fueron transcurriendo inexorables los minutos. Un latigazo de vértigo le cruzó la cabeza, aceleró su corazón y le secó la boca. Faltaban cinco minutos para el inicio de la sesión. Las dudas se fueron tornando en la certeza de que una vez más, otra vez, ella no acudiría. Sintió una punzada en el estómago. Una punzada de desolación y tristeza...

Las ocho. Otro día más, como ayer, como todos los días de la semana pasada, y del mes pasado. Anocheceía y comenzaba a llover. Ya no vendría, eran las ocho y media. Adrián inició su regreso a la soledad caminando despacio, con esfuerzo. Todavía giró la cabeza buscándola, quizá se habría retrasado, aún podría llegar. No, no vendría. En realidad nunca le habían gustado las películas de acción, prefería los dramas y comedias, además llovía y detestaba tener que llevar paraguas. Mañana. Quizá mañana. Habían anunciado buen tiempo y estrenaban una comedia. Sí, seguro que mañana.

Lentamente, con la derrota a cuestas, Adrián inició el regreso a la nada. Ya no tomó el metro, lo hizo caminando paso a paso. Quiso volver a mantener ocupada su mente ya que aún quedaban horas por delante. Quería huir de pensamientos negativos, no venirse abajo, no pensar... Solo necesitaba rutina, ¿dónde podría cenar? En casa no, no le quedaba nada, había pensado que lo haría con ella. Se arreglaría en el bar de siempre. Bueno, tenía una película en la televisión, después el programa deportivo. Y... mañana madrugaría como siempre. Y pasearía por el parque.

Por fin el día se terminó. Adrián se acostó en la cama y encendió la radio, que colocó debajo de la almohada. Tomó la pastilla que le ayudaba a conciliar el sueño. En el duermevela la imaginó otra vez, recordó su risa y sus ojos. Por un momento deseó no despertar. Qué largo el tiempo, qué dura su ausencia... Quizá mañana...

.....

Sin título

Yolanda Burgoa

Saria / Premio:

EAE-n errolaturiko pertsona nagusiak

Personas mayores empadronadas en la CAPV

Modalitatea / Modalidad: **euskera**

Bideak egiten,

Erretiroara heldu naiz eta sentimentu kontrajarriak sortu zait , poza batetik eta pena bestetik. Bakardadeari buruzko ausnarketa egiterakoan , bakardade mota bi daude orroko-rean, bakarrik egon nahi duten pertsonak, eta ez dutenak nahi.

Bakardadea beti ezezkorra ez da izaten, kontua da ezezkorra denean sufritzen duten pertsonen osasunaren eragina izaten dula.

Nagusiaren bakardadeari aurre egiteko positiboak izan beharko ginateke. Medikuek gaixotasunak prebenitzeko hiru gomendio hauek jarraitzeko esaten dute :goizetan ariketa fisikoak egin, arratsaldetan ordu bat edo bi ibili eta oso garratzitsua ingurukoekin harremanak izan.

Niri bakardadeari buruz hitz egiterakoan, ez dakit zergaitik, Ama etortzen zait burura. Alaba biok bakoitza bere familiariekin bizitzen geunden. Aita eta Ama etxean ikusten ditut, batek, Aitak, Amak egindako marrazkiak pinttuz eskaizteko mahian. Ama josteko makinan gona bat egiten tela

zati batekin ero bere bilobarentzako karnabaletako jantziak asmatzen.

Hortik aparte, Ama bere gizonaren gaixotasunaren zain-tzaile kuttuna bihurtu zen, Galdakanoko Ospitalean hilabete egon zen motxilera bat izango balitz bezela, gau eta egun. Etxera etorri ziranean ere berdin jarraitzen zun. Indartzeko ideiarekin, Aitarentzako lapikoko ederrak prestatzen zun.

Aitaren istorioak entzutea gustatzen zitzaidan. Istori hau apuntatu nuen.

Bazegoen bere kalean bizitzen gizon bat txorizale amorratua, txorien artean bat oso berezia zela kontatu zidan, ja-beak erakutsitako kankak kantatzen zun!!, nik galdetu nion kuriosidadearekin, “ia zer kanta zen hura” eta esan zidan, “Inazio gure patroia haundiarena..... zela!!.

Aita arrantzalea zenez, gorpil-aulkian joaten zenean esaten zun “laga ni hementxe apaixu botakot eta zuek joan oinetakoak erostera. Amari Donostin oinetakoak erostea gustatzen zaion.

Gure Aita hil zenean, Ama eta alaba biok geunden berarekin eta asken arnasa hartu arte berarekin egon ginen. Nola hil erakutsi zigun.

Gero etorri zen Amaren bakardadea, bere bizitzako lagun miña joan zenean. Nik pentsatzen nuen, Ama zelan izan zen beti aurrea egitekoa, baina ez, konturatu nintzen bere gizona zela indarra ematen ziona, biko talde bat osotzen zuten!!.

Une horretatik aurrera Ama bederatzi urte gehiago gure artean bizi izan zen. Bakardadeari aurre egiteko boluntaria sartu zen Kantzerraren aurkako Elkartean, eta Residentzia-

ra joaten zen bertakoekin egotera. Gauza harrigarria nerezat izan zen ni jubilatu nintzanean, elkartekoek bere tokia hartzeko gonbidapena luzatu zidatenean.

Ama, hondartzako sarreran, elkartekoarekin egoten zen azaleko gaixotasunaren prebentzio lanetan, baina hil baino urte bi lehenago konturatu ginen gaixotzen zioala, gaixotasun hura Alzheimerra zen. Natibitate egunean joan zen egunsentiarekin batera betirako.

Gogoratzen dut amarekin hizketan, kontatu zidan gerra denboran, lau urterekin, sartagina buruan jarrita baserri batetik bestera aringaringan bere ixiko batekin joan zela bonbak sahiesteko. Hamabi urtearte egon zen eskolan. Zortzi anai arreba eta bera zaharrena. Ordungo prezioak gogoratzen zun, litro bat sagardoa sei erril, erropak garbitzeko, lege zaharreko gauzak, zinke handi baten erropak beratzen ipintzen ziren. Jatekoa egiteko egurrarekin sua egiten zen.

Azkenengoko sei hilabeteak residentzian egin zun. Medikak gomendatu zigun eguneko zentrora eramatea zela onena, baina oraindik eraikitzeke zegoen.

Gure herrian residentzia herri barroan dago, jendea bertatik pasatzen da egunero. Nire sentzazioa beti izaten da nahiz eta jende askoren artean egon bakarrik sentitzen direla, horregatik, ez dakit, baina pentsatzen dut etxean hobeto egongo liratekela, baina beti lagunduta.

Beste alde, gaur egun familietan, denak gizon eta emakume lanera joaten dira, zaintza emakumearen gainean gelditzen da. Onena izango litzateke zaintza konpartitzea baina horrela ez da gertatzen. Emakume latinoak kontratatzen dugu nagusiak zaintzeko. Nire buruari galdetzen diot ez ote garen menperatutako klase sozial bat eraikitzen?.

Gure Ama hil zenean guri etorri zaigun bakardadea, hutsune bat, telefono deiak bukatu ziren, meriendatzeko orduak, sagar tartak, bere aholkuak entzutea eta abar...Orain nire aterpea nire ahizpa da eta askotan amesten dut laurok bazen garela besarkada batekin.

Garrantzitsua da familiak informatuta egotea, horretarako daude gizarte zerbitzuak, elkarteak.

Baliabide asko daude, baina oraindik gehiago behar dira, zeren adineko biztanleria handitzen doa. Ikerketa lana ere beharrezkoa izaten ari da , produkto berriak eta ideia berriak sortzeko.

Zenbat eta bizi kalitate hobetua bizitzako azken txanpa hori hobeto joango zaigu. Sare sozialak ere hor daude lagungarri whatsapparen bidez edo korreo elektrikoaren bidez harremanak izateko.

Idea on bat iruditu zitzaidan irakurri nuenean Frantzian, Korreos-ko langileak kartak eramateaz gain , nagusiekin hizketan egoteko programa bat sortu zela.

Baita momento ona izan liteke beti nahi izan dugun gauzak ikasteko, adibidez hizkuntza bat , edo bidaiatzeko insertoarekin, edo gure burua gehiago zaintzeko.

Eta amaitzeko,;

Bereziki azpimarratuko nuke harremanak sendotzen eta eraikitzen joatea beharrezkoa dela, zeren bakardadea behin ere behin sentituko dugu eta horrek balioko digute bizitzari aurre egiteko.

.....

Soledad Limitada

Lourdes Rodríguez

Saria / Premio:

Nagusilaneko boluntarioak
Voluntarios de Nagusilan

Modalitatea / Modalidad: **castellano**

Es un barrio como casi todos; tiene casas de pocos pisos, próximas unas a otras que conforman calles anchas flanqueadas por árboles. En los bajos de las viviendas hay negocios atendidos por gente de la barriada.

Todas las calles dan a un gran parque con columpios, frontón y espacio para juegos, a parte de numerosos bancos y una fuente con agua para beber.

La vida del barrio parece tranquila y animada; se diría que todos los vecinos la disfrutan:

- ¡Hola! ¿Qué tal estás, Juanita?
- Muy bien, Mertxe. ¡Hasta luego!
- Voy corriendo a buscar a mi nieta a la escuela.

Pero desde hace un tiempo, cuando llega la noche y se empiezan a encenderse las farolas se nota que ya no tienen la luz que tenían, parece que en vez de iluminar ayudan a mantener la oscuridad.¡La luz blanca se estaba volviendo gris!

Como en otros barrios, aquí también hay Agentes Sensibles a la Soledad que disponen de una aplicación en el mó-

vil con sensor de la soledad. Estos agentes habían empezado a observar la vida de los convecinos a partir de que el Ayuntamiento les llamara para investigar si había alguna relación entre la luz grisácea que despedían las farolas con lo que estaban viviendo algunos vecinos:

- No se si tendrá algo que ver la poca luz de las farolas con la vida de estos vecinos.

- Habrá que averiguarlo y actualizar la aplicación de Detector de Soledad.

- El Ayuntamiento está verdaderamente muy preocupado y sospecha que las relaciones entre convecinos se están apagando.

Los Agentes Sensibles a la Soledad (ASS) no deseada tienen cómo misión poner Límite de Soledad y para ello, en esta ocasión colocaron radares Detectores de Soledad en algunos puntos estratégicos del barrio. Estos detectores mandan señales a los móviles de los agentes y, el móvil, con la localización activada los guía hasta el lugar en el que se produce una situación de soledad no deseada;

- ¡Mira! Está llegando un aviso al móvil.

- Sí, a mí también me ha saltado el aviso.

Pasaron días de inspección ocular y auditiva y lo que registraron era que en el parque la gente se sentaba sola en los bancos y los que pasaban, lo hacían deprisa y corriendo:

- ¡Buenos días, joven! ¿Puedes ayudarme a levantarme del banco?

- ¡Lo siento! Llevo mucha prisa, que tengo que coger el tren.

Los niños jugaban con sus amigos o estaban solos porque nadie les invitaban a jugar:

- ¿Puedo jugar con vosotros a pelota?

- No, que la pelota es mía y yo no quiero.

Los agentes se acercaron también a viviendas dónde vivía gente sola y los entrevistaron.

Algunos bajaban todos los días a la farmacia a charlar con la excusa de comprar algún producto:

- ¡Buenas, Doña Irene! Hoy hace un poco de frío y creo que me he constipado; claro en casa no puedo poner la calefacción todo lo que me gustaría porque, ya sabe, está el gas por las nubes. ¡Con lo que cobramos de pensión no se cómo voy a llegar a fin de mes!

En una casa vieron que vivía una mujer viuda con problemas de movilidad que esperaba a que cada tres o cuatro días algún familiar le subiera lo que necesitaba:

- ¡Sí! ¡Diga! ¡Ah, eres tú, Enrique! Sí ya se que no puedes acercarte a casa, hijo. ¡Vale, te veré pasado mañana! ¡Adios!

Además, vieron a un señor jubilado que había sido mecánico de bicis que se pasaba las horas muertas de aburrimiento en una bajera que la tenía preparada como garage, pero sin nada que reparar:

- Ya le he dado cuatro vueltas al periódico. ¡Si tuviera una bici para arreglarle los frenos...

En el Centro de Mayores del barrio había demasiado silencio y, aunque, había juegos de mesa, muchos no se acercaban a las mesas porque no les gustaba y se pasaban la tarde delante de la tele:

- Aquí, si no te gustan las cartas o el parchís, no puedes hacer otra cosa. ¡Con la de canciones que yo me sé, que aprendí de pequeña y lo que me gusta cantar! ¡Me encantaría enseñárselas a algún grupo!

- A mí siempre me ha gustado hacer paperoflexia

- Yo me sé un montón de refranes que me enseñó mi abuela. Me encantaría enseñárselos a los niños del barrio para que no se olvidaran.

Todo esto vieron los ASS y concluyeron que, durante el día, el barrio no brillaba tanto como para que permaneciera su luz de noche; al contrario, absorvía la luz blanca de las farolas. Diseñaron un plan estratégico para reducir la soledad. Primeramente, colocaron carteles con la señal de SOLEDAD LIMITADA y unos paneles explicativos de la situación de soledad de algunas personas y con las consecuencias de desamparo para todos. Los ASS hicieron reuniones con agentes significativos del barrio (asociación de vecinos, tenderos, farmacéuticos, escuela, pensionistas...) para sensibilizarles y proponer ideas con las que desterrar la soledad no deseada o, por lo menos, reducirla.

Es así como se ha creado un grupo de ASS con representantes de los vecinos del barrio y, poco a poco, cada vez se va implicando más gente en esta tarea. Han organizado junto con los maestros de la escuela, una tarde a la semana para que los niños la pasen en el Hogar del Jubilado en donde personas mayores se dedican a enseñar a los niños canciones, a realizar trabajos con papel (papiroflexia), a contar historias y leyendas, a hacer labores de punto y ganchillo, a recitar refranes y trabalenguas:

- Dobla por aquí, dale la vuelta, marca bien los bordes, vuelve a doblar...¡Que bien te ha salido!

- “El perro de san roque no tiene rabo porque ramón rodriguez se lo ha robado”.

- “A mi burro a mi burro le duele la cabeza y el médico le ha puesto una gorrita negra”.

- Vamos a aprender a coger los puntos en la aguja; primero pasa la hebra, rodea la aguja con ella y sácala.

- “Erase una vez que se era un país donde había un rey muy presumido...”

También han puesto un anuncio que dice dónde se arreglan bicis y se inflan ruedas a cambio de un poco de conversación, y los han repartido por los buzones. Así, el mecánico jubilado ya no para en su garaje de recibir encargos y de charlar. De una de estas conversaciones entre algunos jóvenes y sus padres, salió la idea de crear un grupo de ciclistas que ha empezado a organizar salidas los domingos para todo el que quiera apuntarse, mayores y pequeños, veteranos y alevines.

- El domingo que viene iremos por la carretera comarcal que tiene carril de bici; los que quieran pueden subir hasta la ermita y luego nos juntamos todos en la explanada de la campa.

Entre los vecinos de portal de la señora viuda, han quedado en turnarse para que todos los días pase alguien por su puerta y la llame para saber cómo está:

- ¡Buena tardes, Inés! ¿Necesitas algo de la tienda? Veo que te has puesto muy guapa.

- Sí, hoy viene mi hijo y ahora me siento mejor y me cuido mucho más.

Por la farmaceutica los ASS han sabido que a muchas de las personas que bajan a charlar, les gusta salir a pasear al bidegorri así que se ha formado un grupo de gente que sale tres veces a la semana a andar juntos:

- He recogido pronto porque no quería llegar tarde a la cita del paseo.

- Desde que vamos a andar duermo mucho mejor.

- Luego podemos quedarnos a tomar un café.

- Conozco a un vecino que le sentaría a las mil maravillas el paseo. Le voy a invitar a que venga con nosotros.

En poco tiempo la vida del barrio se está transformando y las farolas están recuperando su luz blanca porque la mayoría de los vecinos ya brillan con luz propia.

.....

Soledad con compañía

Efrén Flores

.....
Kontakizun finalista

Relato Finalista
.....

En este escrito no pongo ni dirección ni remitente pues no sabría dónde mandarlo, y además en mi cabeza estás muy presente.

Sigo llegando a casa saludando con un ¡Hola!, sabiendo de tu ausencia, pero notando tu presencia.

Estando en una terraza con un café en la mano, suena una canción ... síiiii ... ¡esa que te gustaba! ... y oigo tu silencio tarareándola ..., como si estuvieras presente, aun sabiendo que estás ausente.

Ese paseo entre árboles, ahora en época otoñal, el viento mueve las hojas, y es como si notara tu mano con la mía entrelazándose, sabiendo de tu ausencia, pero sintiendo tu presencia.

Desde ese mirador que nos gustaba, viendo el oleaje del mar, esa brisa que me acaricia, como el tacto de esos labios que me gustaría volver a besar, como si estuvieras presente, sabiendo que estás ausente.

No, no son lágrimas lo que recorren mis mejillas, es el sudor de mis ojos que no paran de buscarte, aunque ellos y yo sabemos que no volveremos a verte, pero a pesar de tu ausencia, siempre, siempre, notaré tu presencia.

El recuerdo de tu imagen hace que, en esta soledad, esté con compañía.

Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

.....

La ventana

Emiliana González

.....

Kontakizun finalista

Relato Finalista

.....

Se levantó de la cama sin pereza alguna, llevaba ya mucho tiempo despierta, había visto la hora en el reloj grande de la mesilla, ése que seguía haciendo tic-tac con bastante estruendo como si ella sin ese contar los minutos no se diera cuenta del paso del tiempo. Su hijo le había dicho que lo tirara en más de una ocasión, ahora había relojes silenciosos, pero a ella le gustaba ese con sus puntos brillantes en la oscuridad y su soniquete.

Era octubre, pero aún el tiempo era bueno y no había bajado aún mucho la temperatura, la madera del suelo de su cuarto estaba templada al contacto con sus pies, hacía tiempo que había retirado las pesadas alfombras para evitar caerse y a ella le gustaba caminar descalza por la casa.

Fue despacio a la cocina y se dirigió a la ventana. Desde allí se veían algunos caseríos y al fondo los montes, esa vista era uno de los motivos por los que habían comprado hace más de cuarenta años la casa, un verano que vinieron de vacaciones cuando pensaban ya en volver, sentían la necesidad de ver el verde de los montes que apaciguara la nostalgia de los primeros años en California.

Ya hacía un tiempo que su primera tarea del día era acercarse a esa hora a la ventana, era la hora en la que los niños iban a la escuela. Allí se quedaba ella hasta que pasaba el

último. No tenía nietos, tampoco eso le parecía un drama pero ver pasar a los niños y su alboroto delante de la casa le daba cierta alegría aunque algunos días le traía recuerdos de cuando sus hijos eran pequeños.

Ya distinguía bien a algunos, la niña rubia que siempre iba saltando, los hermanos que parecían gemelos y se iban provocando el uno al otro con pequeños golpes, la pequeña regordeta que no soltaba la mano de su abuela... y así una retahíla hasta que los menos madrugadores iban corriendo para no llegar tarde. Los últimos días se había fijado en una niña morena, no sabría calcularle la edad pero pensó que se acercaría a los diez años, iba siempre sola con una mochila a la espalda que le hacía inclinar su delgado cuerpo hacia delante, le pareció que miraba hacia arriba y que se debió de dar cuenta de que ella estaba tras los cristales.

Abrió la nevera para preparar el desayuno, allí estaban los tres táperes que le había ido bajando la vecina de arriba con ensaladilla rusa, sabía que le encantaba, pero no le daba tiempo a terminarla y se le acumulaban. Un día se puso enferma y tuvo una diarrea y unos vómitos que no paraban. Cuando vino el médico abrió su nevera y tiró todos los botes con su ensaladilla a la basura, ya sabía que alguno tenía varios días pero no quería tirar la comida, eso era normal ahora que a todos les sobraba, pero era una cosa que no estaba bien. Nunca le había gustado mucho cocinar, era una tarea que durante su vida en común hizo más su marido, pero ahora ya hacía tres años que no estaba y ella se arreglaba la mayoría de las veces con cosas fáciles como una tortilla o queso blando y jamón dulce, también con leche con sopas que calentaba durante tiempo en el fuego, le habían puesto un microondas, pero no le gustaba

nada ese trasto. Tampoco podía comer a su gusto con esas malditas dentaduras postizas que a lo largo de los años habían ido desgastando sus encías hasta dejarlas en lo mínimo.

Fue a la sala y se sentó en el sofá al lado de la mesita del teléfono, era miércoles y los miércoles a esa hora le llamaba su hijo desde San Francisco.

Cuando su marido y ella se casaron se fueron a América, a California, mucha gente iba entonces a buscar allí otra vida. El hombre trabajó en los bosques talando y transportando madera, era joven y fuerte entonces, fuerte lo fue siempre pensaba ella, aunque tuviera casi trece años más que ella. Allí nacieron sus dos hijos y allí fueron prosperando hasta tener un negocio propio de maderas. Siempre pensaron que volverían a su pueblo.

Volvieron pero sus hijos tenían allí ya sus propias vidas y allí se quedaron.

Sus hijos, dos hombres fuertes como su padre. Cogió la fotografía del mayor, tenía las fotografías de los dos en sendos marcos plateados, junto con la de su boda en la mesita al lado del teléfono. Aún estaba su marido para sujetarla cuando les avisaron una madrugada del accidente en la autopista, el muchacho había muerto en el acto les dijeron. Lo tuvieron que despedir en la distancia desde ésta casa que él apenas conocía. Cuanto tiempo luego sin poder respirar... ella cree que respira mal desde entonces.

El sonido del teléfono la sobresaltó y la sacó de sus pensamientos, su hijo menor parecía siempre de buen humor cuando llamaba, en eso se parecía al padre. No se había casado, vivía con una mujer que ya tenía dos hijos, ella no

quería saber mucho de ese asunto así que era un tema del que no hablaban. Siempre lo mismo: el tiempo, la salud y por fin el listado de reproches: que no sales, que te abrigues, que cambies ese viejo colchón, que vayas donde tus amigas, que comas bien, que para qué quieres el dinero... qué fácil dirigirlo todo desde casi diez mil kilómetros. Es verdad que venía todos los veranos aunque ella pensaba que más a divertirse que a acompañarla.

Algunos domingos iba a misa, no era religiosa pero al menos, aún le quedaba alguna amiga de juventud y podían charlar a la salida y saber qué cosas pasaban en el pueblo, como estaban los hijos, los nietos, qué estudiaban, con quien se casaban... Esos días se ponía su vestido azul marino y los zapatos nuevos, aunque le hacían daño en los pies y siempre volvía dolorida, llevaba también el bastón que le daba seguridad pero procuraba andar ligera, que no se notara.

Todas contaban lo bien que les iba la vida a sus respectivas familias, ella también, aunque se veían poco por el ritmo de vida de ahora, ya sabéis, tienen la suerte de tener trabajo. Su mejor amiga siempre le repetía que estaba arrepentida de haber peleado tanto para que sus hijos estudiaran, ahora con tanta carrera uno estaba en Madrid y la hija en China, muy bien colocada, eso sí. Ella siempre le contestaba que vete a saber si estuvieran aquí, a lo mejor no podrían verse a menudo, quien sabe.

Para antes de Navidades ella y la niña morena ya se entendían con gestos, por las mañanas, a la hora de la escuela, ella esperaba con su mejor sonrisa en la ventana, ahora ya no se escondía detrás de la cortina, arisca por naturaleza estaba sorprendida de lo fácil que le salía la sonrisa y

la niña se paraba un poco mirándola y saludándola con la mano, a veces le enseñaba alguna cosa: un balón, la cuerda, el móvil... como queriendo explicarle como pasaba el día. Si algún día no la veía pasar estaba todo el día preocupada elucubrando qué le habría pasado, estaría enferma u alguna otra cosa y no se le pasaba la desazón hasta que volvía a verla pasar despreocupada al día siguiente o unos días mas tarde.

A veces se sorprendía pensando que le gustaría saber su nombre, de que familia era, y le gustaría mucho más que la acompañara algún rato en casa, hasta haría un chocolate para comerlo mano a mano o estar con ella en un banco del parque como si fuera su abuela.

El tiempo iba enfriando, los cielos eran plomizos esas mañanas, a ella siempre le afectaba eso y el que anocheciera cada vez más pronto, se adormilaba con una manta en el sofá al lado de la tele la mayor parte del día, echando de vez en cuando un vistazo a los retratos de la mesita y al teléfono que apenas sonaba si no era miércoles. A veces se despertaba sobresaltada y no sabía si era de día o de noche.

Casi no salió esas Navidades, alguna vez a la iglesia y siempre volvía destemplada, se alegró cuando pasadas las vacaciones empezaron de nuevo las clases y por las mañanas las voces de los niños volvieron a oírse por el camino delante de su casa.

Se sentía rara esta mañana, como sin fuerzas, se puso las viejas zapatillas, el suelo ya estaba frío en esos días y fue despacio a la ventana, allá a lo lejos venía saltando con su mochila su niña, casi podía ver el vaho que exhalaba. Le

pareció de repente que no hacía pie con la pierna derecha, que flotaba y segundos más tarde notó que no sentía todo ese lado, quedó tendida en el suelo bajo la ventana. Estaba algo obnubilada. Debería de hacer un esfuerzo, pensó y llegar con la mano buena al cajón donde está guardada la medalla roja esa que nunca se ponía pero que debería apretar si estaba apurada.

.....

Nada cambia

Enrique García

.....
Kontakizun finalista

Relato Finalista
.....

El perro del segundo no deja de ladrar. Por el patio, se oye una televisión día y noche. El olor nauseabundo que sale del cuarto derecha se aprecia desde el piso sexto. Algo va mal en el edificio. En conversaciones en el ascensor y luego en los encuentros en el portal, los vecinos cavilan sobre las causas de los desagradables fenómenos. Concluyen que todo indica que en el cuarto derecha está el origen de los olores. Llaman repetidamente a la puerta, no contesta nadie. Un vecino presagia que algo malo le ha tenido que ocurrir a don Justo, otro lo corrobora y un tercero asegura que ya hará un tiempo que no ha visto al anciano. Llaman a la policía.

En el bar habitual, Javier Robles, subcomisario de policía, está desayunando un café y un croissant. Con la mano, Javier cubre el vaso de café; con ese gesto rechaza el ofrecimiento del camarero de un chorrito de coñac. Hoy no es día para carajillos. Los ruidos de la tragaperras le ponen nervioso, mucha musiquilla, pero no escucha el volcado de las monedas cuando dan premio. El cliente se marcha, la máquina tiene que estar a punto, acaricia una moneda. Pero hoy no es un día para juegos.

Como una forma de celebración, el camarero insiste en el coñac. Esta vez Javier duda y tarda más en el gesto de cubrir el vaso. El camarero desiste y a cambio le da palique.

—Hoy es un día especial, ¡jeeh! don Javier.

—Al parecer, sí.

—Me han dicho que se jubila y que le van a conceder una medalla.

—Eso parece. Han sido muchos años. Veinticinco.

—Por aquí le vamos a echar de mucho de menos, ¡jeeh! don Javier.

—Hombre, ya pasaré a haceros una visita.

En la comisaria hay zafarrancho, los pintores han tomado la mitad de la sala central, el personal se agrupa en una esquina, tres por mesa y dos por ordenador. Además en la calle ha pasado algo, Javier, cree entender que es un atraco con rehenes. El comisario le llama a su despacho, que ahora está convertido en trastero provisional.

—Javier, ya sé que es tu último día de trabajo y en otra ocasión no te lo pediría, pero fíjate como estamos. En un piso de la parte antigua, han encontrado a un anciano muerto, la jueza ya ha levantado el cadáver, pero ahora descubren que solo saben de él lo que los vecinos cuentan, que se llamaba Justo, y que al entrar han descubierto que tenía muchas pastillas en su mesilla, uno dice que se ha suicidado. Mientras le hacen la autopsia, acércarte y echa un ojo por la casa a ver si encuentras algo, las pastillas, una nota de suicidio o por lo menos su documentación.

—De acuerdo, marchó para allá, ¿las llaves?

—Estará abierto, creo que han forzado la puerta.

Ya en la puerta el comisario le detiene.

—Javier, espera. Cambio de planes, el acto se celebrará en Larrauri, creo que asistirán el Intendente y alguien de la Consejería, entregará varias medallas, a los bomberos, a Protección Civil y a no sé quien más. Tendrás que estar allí a las seis. Vete un poco antes y lleva corbata. De aquí asistiremos unos cuantos, aunque tal como va el día...

Han vuelto a colocar la puerta y pegado los precintos de la policía. Al entrar al piso recibe una vaharada de hedor. La casa está en penumbra. Intenta abrir las ventanas, son de guillotina y la madera hinchada las atasca; después de varios intentos consigue abrir la de la cocina, tiene los vidrios casi opacos, empañados por la suciedad, da a un patio oscuro. Sobre la mesa hay una jaula con un canario muerto. El frigorífico está apagado. Revisa los armarios, encuentra varias cajas de galletas, otras de cacao soluble, seis bricks de leche, una cesta con patatas, sal, vinagre, un tarro con aceite usado y poco más. En el fregadero hay una sartén, un plato y un vaso. En la encimera, sin recoger, cáscaras de huevo y peladuras secas. Tortilla de patatas. No hace falta la experiencia de un subcomisario de policía para saber que esa había sido su última comida. Y que es probable que esa dieta la hubiese repetido en el tiempo. Sabe que las personas mayores tienen pocos estímulos para bajar a la compra y cocinar platos más complejos. Este viejo se habrá alimentado durante mucho tiempo de leche con cacao, galletas y tortilla de patatas.

El salón está oscuro. Hay una estantería que cubre una pared, con libros en su parte superior y cajones en la parte

inferior, todo está muy ordenado. Los cajones están repletos de publicaciones de pasatiempos con los crucigramas y otros juegos completados. Hay cajones a reventar de facturas, también algunas cartas remitidas desde de Baltimore, Estados Unidos. Encuentra la cartilla de la caja de ahorros con un saldo apreciable, desde luego la forma de vivir tan ascética no era por falta de fondos. Al fin, su documentación, Justo García Elorza, 79 años. Nacido en Zalla. De profesión: Perito de minas. En el salón hay un sofá con una manta, un mueble bajo y una televisión antigua; frente a ella, una butaca con la tapicería raída hundida, ahormada por el peso de un cuerpo. Casi se siente la presencia de su dueño. En esta sala, Justo pasaría el tiempo, haciendo un crucigrama en la mesita que hay cerca de la ventana, o viendo la televisión o echándose la siesta en el sofá. Aquí, pasaría el día; aquí, pasaría su vida.

El dormitorio está revuelto; al parecer, en esta habitación le atendieron los servicios de las emergencias. Está amueblado con un armario casi vacío, una cama de matrimonio y una mesilla en la que hay un portarretratos con una fotografía en blanco y negro, muestra una pareja en la playa. A su lado, un montoncito de pastillas, son aspirinas cortadas por la mitad. Nadie se suicida con aspirinas.

Llaman a la puerta. Es un hombre con un cartel bajo el brazo.

—Vengo de la inmobiliaria, es para colocar este cartel en la ventana.

—¿Un cartel?

—Sí, este: SE ALQUILA, es que la propietaria quiere volver a alquilarlo pronto.

—Coño, pues si que se da prisa.

—Eso nos ha parecido, pero al parecer la señora tiene poca pensión y dice que necesita este ingreso. ¿Es usted familiar del difunto?

—No. Soy policía

Una puerta se abre en el rellano, sale un hombre pequeño de pelo ralo, viste un batín marrón y unas zapatillas ajadas, no llegará a los cincuenta, pero arrastra los pies y se mueve vacilante.

—¡Ah! La policía. Yo les llamé. Creí que era mi deber. Como hacía tiempo que no veíamos al pobre don Justo, supuse que tenía que estar enfermo.

—¿Tenían relación con él?

—Bueno, no... es que era un hombre muy solitario, no recibía visitas

—Según el forense, falleció hace un mes ¿No se extrañaron ustedes?

—Bueno, el pobre salía muy poco y no nos gusta meternos en la vida de nadie.

—¿Sabe usted si tenía familia?

—Era viudo, pero creo que tenía una hija en el extranjero... —Desde el interior de su piso se oye una voz con tono imperativo: ¡Cierra ya! Te he dicho que no te metas donde nadie te llama— ¡calla mujer!, es la policía.

Después de una lucha con las ventanas, el hombre del cartel se retira satisfecho. Antes de marchar entrega al vecino y al policía una tarjeta de la inmobiliaria, Martín Bergara,

«por si alguien está interesado, aquí tienen mi número de teléfono», dice.

Ya en la calle, Javier recibe una llamada de su hija Amaia:

—Felicidades papá. Me he enterado de que te han concedido una medalla. Estarás orgulloso.

—Sí, bueno, es por los veinticinco años de servicio ¿Sabes algo de mamá?

—Hace tiempo que no hablo con ella, pero creo que sigue con la idea.

—Sí, me ha mandado los papeles del divorcio.

—La verdad es que no la comprendo después de tantos años. ¿No podríais arreglarlo?

—Es que no sé qué hacer. Entiendo que mi trabajo era muy absorbente, pero ahora que me jubilo yo pensaba que, no sé, vivir un poco, viajar..., no me coge el teléfono ¿sabes dónde está?

—No, pero tú disfruta de tu día, te jubilas y con medalla. Si no estuviese tan lejos, cogería un avión para verte.

—Me hubiese gustado estar contigo. ¿Que tal tú por esa tierra de gangsters? ¿Sigue la ley seca?

—Muy bien, aquí en Chicago; además para el año que viene me han prometido un puesto en Tokio. Bueno, te dejo que me están esperando. Cuídate, solo tienes sesenta y tres años, puedes rehacer tu vida. Un beso, papá.

El viceconsejero lee el discurso que le tenían preparado. Es algo genérico sobre la dedicación, en muchos caso sacrificio, de los funcionarios, tanto de la policía como de los bomberos y Protección Civil. Tras él, un Intendente y un

hombre vestido de paisano con cara de político municipal. De la comisaría, solo está presente el subcomisario, Félix Aguirre

—¡Felicidades, Javier! El jefe me ha pedido que le disculpes, no ha podido venir por lo del atraco al banco. Y lo mismo muchos compañeros, no veas que lío tenemos.

—¿Cómo va lo de los rehenes?

—Mal. Un periodista ha contactado por Facebook con uno de ellos; han localizado a los padres y ahora salen en todas las redes sociales poniéndonos a parir. O sea, un circo que no sabemos como acabará.

—Y estarán grabándolo todo, os van a hacer estrellas de la tele.

—De momento han llamado a los Berrozi, se puede armar una buena.

—La verdad es que me gustaría ayudar.

—Ni se te ocurra aparecer por allí, estás retirado. ¡Ah! Ayer estuve en el juzgado, Camacho me dijo que tu mujer ha contratado al bufete del abogado Laguna ¿Seguís con lo del divorcio?

—Sí, es algo que no parece que tenga vuelta atrás.

—Pues contacta con un buen picapleitos que te defienda, porque ese Laguna tiene fama de ser un tiburón. Bueno, yo tengo que marchar rápido. Lo dicho Javier, felicidades por la medalla y disfruta de tu jubilación. —Se despiden con un abrazo.

En la tele del bar, al lado del portal de su casa, están retransmitiendo en directo el atraco con rehenes, alguien se

queja y el camarero le contesta que igual le interesa al señor comisario; Javier hace un gesto para que cambie el canal y ponga el que quiere la clientela, el partido de fútbol. Al mismo tiempo pide una una cerveza y una ración de tortilla de patatas. Con una dosis de humor negro, piensa que tal como van las cosas, igual tendría que aprender cómo se hace.

Al abrir la cerradura de su casa, advierte que está cerrada con solo una vuelta, alguien ha entrado, por un instante piensa que ha sido Marta, el corazón le da un brinco, ella ha vuelto. Pero no hay nadie, la casa está oscura. Sobre la mesa de la cocina hay un sobre. No tiene fuerzas para abrirlo. Se cambia y se sienta a ver la televisión, en el primer canal canal retransmiten las imágenes en directo del atraco, ve a sus compañeros. Apaga la televisión y un silencio denso invade la casa.

El despertador sigue programado a las seis y media. Al apagarlo tarda unos instante en asumir su nueva condición, no tiene que volver al trabajo. Extiende el brazo hacia el lado vacío de la cama. La casa está en silencio.

A las doce suena el teléfono oye la voz de Marta.

—¿Estas ahí? Javi ¿Estas ahí?

Carraspea tratando de aliviar un nudo en su garganta. Nunca la ha querido tanto como ahora que ella se va.

—Sí, perdona, sí, estoy aquí.

—¿Has leído los documentos que te he dejado encima de la mesa?

—No, no he tenido tiempo, con lo del atraco, —inmediatamente sabe que ha metido la pata.

—Claro, lo primero es el trabajo. Mira, te lo puedo resumir, el abogado te da quince días para que abandones la casa. Y si no quieres firmar el divorcio, lo siguiente será que presentará una demanda en el juzgado.

—¿Demanda porque no quiero el divorcio?

—Mira, Javi. Quiero resolver esto cuanto antes y haré lo que sea para conseguirlo, te he dedicado treinta años de mi vida y no estoy dispuesta a perder ni un día más. Estoy harta de que desaparezcas, de tus borracheras, de tus mentiras, del no tengo tiempo, del ya sabes como es este trabajo. Bueno, pues ahora ya estás libre que es como quiero estar yo. Firma los papeles y recuerda que tienes quince días para marchar de casa. Que es mi casa, la de mis padres.

—Marta, esto no podemos arreglarlo por teléfono. No sé si sabes que me he jubilado. Ahora todo va a cambiar. Quedamos una tarde y lo hablamos.

—No te olvides de llevarte tus cosas. Y no metas a Amaia en esto.

Tres días mas tarde, sin saber que hacer, desesperado recurre a Amaia.

—Lo siento papá, me apena que os divorciéis después de tantos años. Pero no sé que quieres que haga, son cosas vuestras, además me pillas en mal momento se está complicando lo de Tokio. Bueno, papá, tengo que dejarte.

La inmobiliaria Martín Bergara le muestra varios apartamentos en alquiler, cada uno más ajustado en precio que el visto antes, Javier, sigue tratando de cuadrar los números, la jubilación anticipada le ha dado un buen mordisco a la pensión. El agente le llama por teléfono.

—Don Javier, hemos encontrado un piso que se adapta a su presupuesto, está en la zona antigua.

—No me importa, si está bien de precio. ¿Cuándo podemos verlo?

—Bueno, usted... ya lo conoce, es el de aquella persona...

Sí, lo conoce, es el piso del viejo que murió solo. Después de un largo silencio, y en la más absoluta desolación contesta: bien, lo alquilaré, tal vez me quede en él un tiempo.

.....

A veinte metros

Alan Joseph Kennedy

.....
Kontakizun finalista

Relato Finalista

Uno...dos...tres...

La campana de la iglesia da las once. En esa plaza, olvidada de la mano de Dios durante décadas, ningún alma corre a misa, ni nadie reza ya.

Excepto Ixabel Ibarra.

En el balcón del cuarto piso, su vecina Ainhoa tortura un acordeón, ahogando así la misa radiofónica que Ixabel escucha solo a medias. Este domingo la música no le incordia porque sus pensamientos están a veinte metros de distancia.

...seis... siete...

Ojos verdes llorosos escanean el edificio opuesto. Mira fijamente, parpadea deprisa para quitar el polvo de sus ojos, y vuelve a mirar. Pero mira sin ver. La pobre tiene la ventana gastada de tantas miradas.

Sin embargo, la de Iñaki, el que vivía enfrente, sigue cerrada.

Una solitaria abeja reina despistada de la colmena desatendida, que él cuidaba con tanto mimo en la terraza, zumba contra el cristal. Ixabel le abre y le deja volar por toda la casa. Le encanta ver como se alimenta de sus orquídeas.

Mientras, abajo, en la plaza, un gatito demacrado mira hacia arriba como si estuviera rezando. Espera en vano los troci-

tos de pescado crudo que, hasta hace poco, Iñaki arrojaba cada mañana a toda la colonia felina.

Al escuchar su maullido lastimero, las mejillas de Ixabel se humedecen.

...nueve...diez...

Iñaki le saludaba con la mano todas las mañanas y, las pasadas Navidades, incluso dibujó un beso en el cristal helado. Pero sus cortinas llevan semanas colgadas, sin moverse. Pétalo por pétalo, sus preciadas fucsias, se caen, como lagrimas rosas reseca.

Desde la repisa de la chimenea polvorienta de Ixabel, una instantánea de él, tomada el mes antes de que se le cayera el pelo, le sonrío. El marco de haya que abraza la foto, colocado con cuidado justo debajo del crucifijo de ébano y plata, convierte la sala en un pequeño altar.

Pero Iñaki ya no está. Su Iñaki se ha ido.

—Vinieron el primer viernes del mes. De noche. — le espetó Ainhoa ayer—Para llevárselo, ¿sabes? Sin luces ni sirena, claro. Para no asustar.

Ixabel se seca los ojos y coloca un plato con miel y agua en la bandeja de su silla de ruedas como postre para la abeja.

—¡Para no asustar! Para no... Como si la parca fuera a espantar a Ixabel Ibarra. Con mis noventa años. ¿Eh, mi reinita preciosa? Eso es, Majestad. Bebe.

...once...

—Bébetelo todo.

.....

El espejo

Pedro María Olaechea

Kontakizun finalista

Relato Finalista

—¿Pero cómo se te ocurren esas cosas?—. Le espetó Lucía a su hermano Andrés.

Este le miró con cara de pocos amigos, como si lo que hubiera dicho ella fuera lo más extraño de este mundo.

—En este sitio tienen dos papeles en el váter. Aquí se debe vivir muy bien. En la residencia solo me ponen uno y además el tonto de Juan me lo roba.

Lucía había ido con Andrés a dar un paseo y entraron en un bar que tenía un váter para minusválidos que además de tener la barra para sujetarse, tenía dos papeles. Andrés es minusválido. Le habían amputado una pierna tras un accidente y desde entonces llevaba una prótesis y una muleta. Su cabeza mitad calva, mitad afeitada relucía siempre. Las orejas pequeñas, los ojos tristes, el labio inferior caído y la boca abierta le dan un aspecto de oso de peluche grande. Anda un poco inclinado hacia adelante, en parte para sujetarse en la muleta y en parte porque le pesa la vida. Explica más con gestos y onomatopeyas que con palabras como una pieza grande, grande, grande, grande, —enfatisa— se soltó de un gancho y le cayó encima y por eso perdió la pierna. No maldice a la vida ni a su mala suerte, solo lo cuenta, del mismo modo que relata que iba en bici de su caserío a otro, a comprar leche.

Su vida no había sido fácil. Su padre alcohólico y violento no le daba ni cariño ni recursos. Le llamaba inútil y cabrón. Andrés es deficiente, pero había aprendido a leer y escribir y aunque su mente infantil le juega malas pasadas, pudo entrar a trabajar en un taller y dedicarse buena parte de su vida a limpiar y pulir las piezas de hierro que allí se montaban, utilizando máquinas que recuerda por los nombres y sobre todo por el ruido que hacían. A veces le da más valor a las máquinas que a las personas. Se refiere a esas máquinas, camiones o grúas como objetos que trabajan mucho, o poco, según lo grandes que sean. No parece que tenga que ver con los operarios que las manejan, sino con lo que él percibe como la relación tamaño-trabajo.

Adora a su madre. Siempre se refería a ella como “la pobre ama” porque también estaba sometida a la violencia de su marido y al duro trabajo del cuidado de los hijos, el ganado y un caserío perdido en el monte. Pero la pobre ama también murió. También murió su cuñado que era su amigo y le visitaba en la residencia. Desde entonces solo su hermana y alguna vez un primo van a verle de vez en cuando.

Ese día del paseo con su hermano, en el bar, Andrés se bebió un café con fruición. Echó la magdalena que le dieron dentro del café y luego rebañó con la cucharilla como si hubiera encontrado un tesoro. Su hermana había pedido solo un botellín de agua. Él le miraba con cara de desaprobación.

—¿Solo vas a beber agua? Qué pobre.

Le gusta mucho comer. Se obsesiona con la comida y a veces repite dos o tres veces el mismo plato para asombro de las cuidadoras de la residencia, porque no está especial-

mente gordo. Para él, la hora de la comida es importante. Necesita saber qué hora es en cada momento para que su mente controle cuando ir al comedor, cuando ir al baño (siempre a las siete de la tarde), cuando ir a la gimnasia, cuando leer el periódico. Sin embargo, el tiempo pasado, el que no es el del día a día, discurre solamente en un plano. Todo parece haber ocurrido hoy mismo. Ama ha muerto, también mi hermano ha muerto, esmerilo las piezas de hierro, hay que ser fuerte, fuerte, fuerte.... Lo mismo le pasa con las distancias. Algunas cosas están cerca, todas las demás muy lejos, sin que pueda calibrar esa distancia. Para él no tiene interés.

Lo que cree que no se va a acordar lo apunta con letra infantil y números grandes. Apunta el día que se cambia de hora, el teléfono de un pariente, el nombre de la cocinera de la residencia. A veces apunta solo los días de la semana. A pesar de que le gustan las libretas apunta sus cosas en pañuelos de papel que tiene acumulados en el bolsillo del pantalón, cuidadosamente doblados y que siempre lleva consigo. Además le encantan los bolígrafos. Siempre le pide a su hermana que le lleve bolígrafos, que almacena en el bolsillo superior de la camisa. Muchos de esos bolígrafos hace años que dejaron de pintar, pero él los lleva, no se sabe si más por el colorido que le da a su prenda, que por la utilidad que le pueda sacar. Pero no los tira. Para él son como tesoros, o quizá, lo único que posee y que puede enseñar a los demás como algo propio porque dice con orgullo —Este boli de colores es mío.

Andrés saluda a todas las personas que como él pasean por los alrededores de la residencia. Es posible que las conozca, o no, pero el trata a todo el mundo con mucho ca-

riño, les pregunta que tal están, les manda recuerdos para sus parientes más cercanos o lejanos y a todos les invita a que tengan un buen día. La gente le mira con una mezcla de desconcierto y compasión, pero Andrés con su actitud no hace daño a nadie y él se siente feliz de que los demás le hablen, le saluden y sobre todo que le respeten. Su vivencia es distinta que la de Lucía, que también habla con la gente cuando pasean. En realidad ella habla hasta por los codos, más para contar sus cosas que para interesarse por los demás. A veces Andrés y Lucía discuten, que si no me llamas, que no me traes colonia, que mira que zapatillas tengo... cosas de esas. Andrés lo resume así, a quien le pregunta por Lucía.

—Mi hermana es una calabaza.

Ver fotografías de su pueblo en un ordenador o en el teléfono le produce felicidad. Le debe agarrar a la vida que se le escapó hace ya tiempo. Al iPad con el que su hermana le conecta a Google map le llama “el espejo”. Nada más apropiado, porque en ese dispositivo, que el escruta con respeto y admiración, como si fuera mágico, debe ver reflejados sus recuerdos y su infancia. Sonríe pícaramente cuando ve la misma toalla colgada del balcón de casa de su vecina María. Probablemente piense que la toalla debe estar seca hace tiempo y no entiende que día tras día aparezca la misma imagen de la misma toalla colgada, con las mismas pinzas, en la misma cuerda.

Sus ojillos se achispan al ver una fotografía de la casa de Carlota. Quién sabe si su corazón estuvo alguna vez enamorado de esa mujer y ver la foto de esa casa amarilla con un balcón largo, largo, largo, le trae recuerdos que no es capaz de expresar, pero seguro que si puede sentir. Cuan-

do ve la imagen de un coche en medio de la calza se indigna con el conductor por haberlo dejado ahí y se apiada de otros coches o camiones que quisieran pasar por ahí.

—Pero si no caben, dice. Su hermana le explica que lo que ve es como una foto que tomaron un día, pero que el coche ya lo han quitado de ahí y los camiones pueden pasar sin dificultad. Esa explicación parece tranquilizarle, pero por la cara que pone se diría que no se lo acaba de creer y que deben ser cosas de su hermana.

Aunque a veces piensa que otros residentes son tontos o que le molestan por la noche Andrés se lleva bien con todo el mundo, la gente le quiere. Trata de colaborar con las cuidadoras haciendo los recados que le mandan sin rechistar; recoge las mantas, ordena las sillas de ruedas, busca el periódico... Siempre lo hace con buena voluntad porque él ha aprendido que hay que ser fuerte, fuerte, fuerte, fuerte. Es lo que le ha enseñado la vida. Es su filosofía y la recomienda a sus conocidos como si fuera la razón de ser de un filósofo pensador.

Muchas veces se siente solo y aburrido. En la residencia hay muchas personas, sobre todo mujeres, pero echa mucho de menos que su hermano le llame por teléfono los domingos o que su hermana le visite más a menudo o que algún amigo le traiga bolígrafos y zapatillas y que de vez en cuando le lleve a dar una vuelta hasta un bar cercano donde pueda tomar un café con una galleta empapada en él. Cuando está solo y aburrido canta, aunque sea de noche. Tararea canciones de Benito Lertxundi que aprendió de joven y que todavía permanece revoloteando por sus neuronas. Aunque su compañero de habitación protesta, Andrés le recrimina que el también tose y le parece evidente que

se tiene que aguantar. Es como un intercambio; toses por canciones. De todos modos, canta bajito, casi susurra, pero dice que eso le acompaña y que aunque repita una y otra vez la misma canción cree que le sirve de entretenimiento. Es curioso que a pesar de las dificultades que tiene en comprender algunos conceptos abstractos, la idea de soledad y aburrimiento la tiene bien aprehendida. Cuando su hermana se va de vacaciones y le anuncia que no le va a visitar durante el verano, él le dice —Pero yo me quedo solo— No es verdad, porque está rodeado de gente en la residencia, pero echa de menos salir a la calle a tomar un café con una magdalena (o dos a ser posible) o una galleta haciendo sopas en el café.

La fuente de sus ideas debe estar en algún punto medio entre su gran corazón y su pobre cerebro. Otros, más ilustrados y más brillantes, tienen el manantial de sus pensamientos solo en el cerebro y no por eso son mejores personas. El cariño y la ternura que Andrés genera en los que le rodean no es comparable con ninguna idea brillante de una mente superdotada. La vida enseña que las pequeñas cosas, una magdalena en un café, un susurro de una canción, la vista de un perro callejero, pueden hacernos felices. Solo hay que buscarlas, pero no hay nada comparable a la conversación con un ser querido, a sentirse acompañado, a un charla con un desconocido en el paseo o simplemente a saber que alguien se acuerda de ti.

.....

La mecedora que sostuvo el amor de mi abuela

Gemma Monreal

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Una mecedora de madera y de tela era el descanso de mi abuela. Allí leía libros y cosía. También era el lugar desde donde nos esperaba, desde donde miraba el cielo nocturno. Desde allí se levantaba a cocinarnos sus deliciosas comidas, a darnos sus besos y abrazos mientras jugaba con nosotros.

Esa mecedora acariciaba el cálido aire de la terraza que daba al río. Muchas veces me sentaba en sus piernas y me contaba sus mágicas historias. Algunas de ellas tristes, otras alegres y emocionantes, pero todas estaban repletas de sentimientos. Sus relatos eran un espejo de su yo más profundo. Ella era pura vida y corazón.

Yo siempre me sentía envuelta en sus brazos y su dulce mecer. Ella era magia, la magia de una abuela que siempre supo amarnos.

Una mañana mi abuela enfermó. Con el paso de los días quedó sin poder andar ni ver. No podía sentarse en su mecedora y ver todo lo que un día amó. En esos instantes sus hijos e hijas se fueron olvidando de ella, la atención que recibía fue mínima y justa. La mecedora dejó de moverse incluso por el viento, había perdido toda capacidad de vida.

Yo me negué a que mi abuela estuviera sola con personas extrañas que la cuidasen. Quería estar con ella, como siempre lo habíamos hecho, las dos en la mecedora. Si no puede andar, la llevo yo; si pierde la vista, le dirijo yo. Leeré sus libros para que pueda escucharlos. La besaré, abrazaré y cocinaré si hiciera falta. Me dije a mi misma que mi abuela no podía quedarse sola, no permitiría que la mecedora dejara de moverse.

Mecemos la vida día a día, pero cuando envejecemos se para casi todo. Justo aquí llega la soledad.

Quise seguir meciendo a mi abuela, quise seguir besándola y quise seguir viendo sus ojos. Un día ella me dijo *“Gemma, tesoro. Me siento muy sola con personas ajenas, pero cuando llegas tú todos los días la mecedora vuelve a moverse. Te sientas a mi lado, te acurrucas junto a mí y la soledad desaparece. Vivo con gente extraña y ya no puedo cocinar ni jugar con vosotros. Soy vieja y estorbo. Se han olvidado de mí”*.

Después le dije: Abuela, yo te necesito todos los días. Vendré a verte, me sentaré contigo en tu mecedora y me contarás todas las veces que me abrazaste.

Para mi abuela que se marchó para siempre entre mis brazos. La soledad vació por completo sus alegrías, su amor por no ver a los suyos y por vivir con extraños. El cruel pago que recibió mi abuela por darlo todo fue su soledad y el olvido.

Solo su mecedora y yo, su nieta, fueron los que estuvimos con ella. Ahora sigue estando en mí.

En una ciudad cualquiera

Silvia Romaratezabala

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Como cada tarde me voy al parque de una ciudad cualquiera, en cierto modo todos son parecidos y se viven las mismas historias.

Volveré a ver a mis personajes, si, son personas reales de las que nada conozco pero a las cuales les invento su historia, seguramente distinta a la suya, pero me divierte y a veces conmueve.

Paseo despacio entre los bancos disfrutando de este sol que aún calienta en este caluroso otoño.

Hoy me he vestido de colores, lo necesitaba por mí y por los que puedan verme, darle alegría a la vista y buscar sonrisas, quizás hoy no quiera sentirme invisible o haya otros días que lo busque, por qué? No lo sé. Puede que para evitar que otros inventen historias sobre mi vida como yo hago con las suyas.

Ahí veo al señor Francisco, siempre tan erguido como su bastón de madera de roble, sobrio y elegante con sus trajes grises y sus camisas blancas perfectamente planchadas, corbatas de colores neutros. Siempre mira al frente sin siquiera ladear la cabeza, nunca sonrío ni cambia de expresión. Le invento una triste historia en la que solo ha ocupado su tiempo en negocios y dinero, sin diversión, sin

familia, sin vida. Lo veo llegar solo a casa, donde lo espera una cena fría o recalentada. ¿Alguien lo echará de menos si un día falta?

En el banco de la esquina está doña Remedios, sonrío en la distancia, no sé si al mundo o a sus pensamientos, quizás pensando en los ricos platos que cocinará el domingo o el día en que vuelvan sus hijos. Todos los días se acicala para ir al parque, los viernes de peluquería, sus bonitos pañuelos al cuello y su bolso bien sujeto.

Ahí vuelve el señor Agustín, con paso apresurado después de haber pasado horas en el monte, saludando a diestra y siniestra, aunque muchos no respondan. Trae en su mano el bastón con empuñadura de pata de jabalí, regalo de un cuñado que vive en el extranjero, y en la otra su cesta de hongos recogidos cuidadosamente, muchos confían en su saber para conocer los comestibles. El monte le da fuerza y tranquilidad, puede que la que no encuentra en casa por las exigencias de su esposa. No todo el que vive acompañado aleja la soledad.

¿Y el grupo de viudas y solteras? Hoy se retrasan. Llegan a los bancos después de dar dos vueltas al parque, mientras controlan quién falta o si hay gente nueva que pueda tener el privilegio de pertenecer a su núcleo.

Es un grupo dispar pero la soledad las une.

Doña Elvira lleva la voz cantante, le gusta presumir de su buena vida y su estatus, de las carreras de sus hijos y su alta clase. Siempre como un pincel y grandes collares, tal vez recuerdos de tiempos mejores.

Doña Ana es bajita y regordeta, es la que pone paz cuando las voces se alzan, sonrisa eterna y palabras amables, nunca se altera. Su vida ha sido dura, espera con calma el día que se reunirá con su marido y su hijo en el más allá, solo cuando habla de ellos sus ojos se nublan. Está convencida que su misión es hacer el bien, repartir amor y esperanza.

Doña Teresa, maestra jubilada, soltera, recatada en el vestir y siempre seria, añora sus días de escuela, su trabajo fue su vida entera, cientos de hijos sin haber parido y carpetas llenas de recuerdos. Algunos jóvenes la saludan al pasar, otros se paran a charlar unos minutos y otros ni miran su sombra, olvidan que parte de lo que son se lo deben a ella. ¿Y cuando llega a casa que le queda? Cerrar la puerta y llorar de pena.

Doña Jimena, la pequeña de una familia pudiente, vivió la vida que le impusieron, cuidar de todos y olvidarse de ella. Habla poco, se asusta fácil cuando alguien grita o la menosprecia, se encoge y balbucea. Su único orgullo es hablar de los éxitos y hazañas de sus sobrinos, que nada se acuerdan de ella, a sus hermanos poco los nombra, son causantes de su tristeza.

Doña Martina, delgada y coqueta, sus vestidos coloridos de hechura modesta. Simula una vida pudiente cuando con su pensión para poco le llega. Su familia está lejos, raramente los ve ni habla con ellos, la tecnología no es su fuerte así que pocas noticias le llegan.

¿Y qué vida lleva doña Inés? Siempre en las nubes, por nada se molesta. Vive en una pequeña casa al lado del parque, sus antiguos vecinos van desapareciendo y ella ahí queda,

recuerda sus tardes hablando con los amigos y el café con la señora Renata, calurosas noches sentadas en la puerta. Viuda desde hace muchísimos años, se cerró a nuevos amores por centrar su vida en su hija, la que ahora se queja si la llama por una emergencia.

Por allí aparece don Andrés, con su perrito Manteca, su única compañía y tan gruñón como él. Ni sonríe, ni saluda ni habla con nadie, ladra como su perro si alguien se acerca. Mira con desdén y murmura palabras desagradables al pasar por los bancos ocupados. ¿Tan triste habrá sido su vida para despreciar a todos y a todo? ¿O su mal carácter es el que a todos aleja?

Sigo divagando sobre sus vidas, sobre la soledad y tristeza, ¿acaso es un estado natural o con la edad llega? ¿Tiene remedio, se sobrelleva? Veo personas solas que se hunden en la pena, veo otras que buscan caminos y la alejan, veo comprometidos con llenar sus días ayudando a otros, con aprender lo que de niños no pudieron o viajar y conocer otras culturas y disfrutar nuevas vivencias.

Y yo escondida en mi rincón ¿olvido mis penas? ¿Qué hago? Mirar e imaginar vidas, soñar, sentir que puedo cambiar la realidad y crear historias tiernas. Igual puedo mejorar la mía, o quizás prefiera no darle vueltas en mi cabeza, puede ser tan triste como las queideo.

Veo caer las hojas amarillas y naranjas, pienso que son alegres colores para un triste destino, ser aplastadas y barridas por un viento que no se apiada de ellas, anuncian que pronto llegará el invierno, con sus días grises, fríos y cortos. Y miro mi vestido, ¿acaso los colores anuncian mi destino?

No puedo ni quiero pensar en ello, no dejaré que el invierno entre en mí.

.....



**ADIN NAGUSIKOEN GIZA BOLUNTARIOTZA
VOLUNTARIADO SOCIAL DE MAYORES**

**Resurrección Maria de Azkue, 32 bajo
20018 Donostia – San Sebastián**